

Corriente sagrada

Pagamento

Resumen

Generar visibilidad, sensibilización y debate en torno al tema de la violencia contra las mujeres en Colombia, cada día es más urgente. Su participación en todos los ámbitos de la sociedad se ha incrementado en las últimas décadas, pero ellas permanecen estadísticamente marginadas de los cargos de poder más relevantes, políticos y económicos. Pareciera que en una sociedad patriarcal, atributos femeninos tales como el cuidado y la protección de la vida se hallaran desvalorizados. La violencia contra la mujer pudiera estar ligada a la condición fisiológica de la menstruación, la cual, universalmente y a través de los tiempos ha estado acompañada por el tabú y la estigmatización. Hombres emblemáticos de la historia reciente colombiana, dedicados a las causas de la paz, fueron asesinados por su empeño en extender la inclusión y la justicia. El presente ensayo foto-antropológico busca generar pensamiento crítico en torno a tales enigmas y a sus posibles interrelaciones.

Antecedentes

En certeza, no corresponde a un accidente que un hilo de sangre ligue la violencia contra las mujeres en Colombia, a aquella que históricamente han ejercido los colombianos entre sí. Desde la conquista, pasando por el mestizaje en la Colonia, y a lo largo de la lucha de las clases y de los sexos en la modernidad, la mujer, sobre nuestro suelo ha sido objeto de exclusión, maltrato y violación. Tales

actos ocultos, simbólicos y explícitos han producido daño a su integridad física, sexual y psicológica.

Pese a que durante las últimas décadas las mujeres han logrado mayor visibilidad en los ámbitos sociales y culturales, al tiempo que sus derechos sexuales, reproductivos y políticos han ganado terreno en los espacios privado y público, ellas permanecen aún significativamente marginadas o en eclipse con respecto a los procesos económicos y decisiones políticas más importantes del país. O quizá, también, han interiorizado las exigencias de la mirada masculina y adoptado su moral.

Las mujeres, especialmente, son blanco de opresión interseccional, dicho de otra manera, son discriminadas desde una suma de categorías social y culturalmente construidas, tales como género, raza, edad, clase, educación, apariencia física, cultura, religión, orientación sexual, y capacidad y discapacidad, entre otras.

En el tema de los derechos humanos, dentro del marco del conflicto armado colombiano, las mujeres sufren el alistamiento forzoso, pérdida y desaparición de cónyuges e hijos, en tanto que ellas mismas se ven emplazadas a la guerra o desplazadas, abocadas a la pobreza y/o abusadas en actos de barbarie, horrores de la guerra muchísimas de las veces silenciados por la vergüenza. Nacer mujer en un mundo

hegemónico patriarcal, del común, es difícil; pero serlo en un país machista donde la violencia física y psicológica hace parte estructural y cotidiana de la cultura, lo es más aún.

Convivimos en descuido de los valores inherentes a la feminidad, tales como el amor por la vida, nutrición, renovación, entrega, inclusión y solidaridad, en adición a los de su capacidad única para interpretar y transformar el mundo, cruciales para el sano desarrollo de las sociedades. Tal anomalía y el gran vacío que genera, es uno de los factores causantes de la encrucijada histórica de un país que se debate entre la ternura y la sangre profanada.

Pero aún más grave, es el desconocimiento y el menosprecio de los motivos de la lucha feminista por la igualdad de género, lo cual promueve una actitud sumamente peligrosa para la integridad de la mujer y la supervivencia de su espíritu. Envilecer, maldecir o abusar la vagina o a la mujer equivale a irse en contra del origen. Colombia no puede extender la cultura de la violencia sobre el cuerpo de la mujer convirtiéndolo en territorio de guerra, ni mucho menos, tolerar el feminicidio, el asesinato evitable de mujeres por razones de género.

En la atmósfera de crisis ética que actualmente nos sofoca, y como resultado de una serie de ponderaciones en torno a la violencia física, emocional y sexual, un fotógrafo profesional, antropólogo, publicista

contestatorio e inconforme espiritual, acude a su vocación para producir un trabajo de artes visuales que tiene como objetivo generar pensamiento crítico y reabrir el debate:

¿Cuáles son esos posibles atributos femeninos ausentes o castigados al interior de nuestra sociedad, que, entre muchos otros factores, propiciaron que la sangre sagrada de individuos comprometidos con las causas de la paz en Colombia, fuera inútilmente derramada?

Manifiesto artístico

La menstruación en casi la totalidad de las culturas del mundo ha sido objeto de tabú y estigmatización. Tal flujo de sangre "impuro y poluto" en recorrido por superficie y profundidad del "oscuro continente" (como se refiriera Freud a la sexualidad femenina), segrega a las mujeres durante un periodo en el cual se las considera "impedidas" en razón de una condición corporal y emocional. Incluso, en pleno siglo XXI, algunos grupos consideran a las mujeres durante su período, intocables.

De otra parte, el ritmo menstrual también ha sido percibido como una de las funciones fisiológicas que dieron origen al pensamiento simbólico. En el reino cultural creado por el homo sapiens, la sangre vertida por la mujer a partir de temprana edad debió erigirse como uno de los grandes misterios de la vida, de su réplica, y de la

sincronicidad. La menstruación pudo haber dado inicio a ideas que no tenían arraigo en el mundo real y que sirvieron para crear un acervo de rituales, objetos y representaciones. El uso de rojo ocre durante el paleolítico superior, se colige según vestigios, estaba asociado al periodo y a las estatuillas de Venus. Por más de veinte mil años la vagina, como símbolo de la fertilidad y de la protección, fue el foco de los escultores.

Durante el periodo en el cual las tribus encuentran edenes de asiento, lugares donde plantas y animales comienzan a domesticarse; los clanes a sedentarizarse, a socializar, a afianzarse en la división y especialización del trabajo; en suma, una vez que la vida comunitaria empezó a predominar, muy posiblemente la exterioridad del sexo masculino y su susceptibilidad a la comparación se tornó problemática. En tal momento la estructura de tendencia matriarcal, la crucial importancia política de la mujer en las precedentes sociedades igualitarias, pudo haber sido degradada: el hombre se cubre en permanencia y obliga a la mujer a hacer lo mismo, creando una moral patriarcal.

En la medida que el hombre finca su renovado poderío en la seguridad, prestigio y jerarquía que le otorgan propiedad privada, atavíos, actividad política, religiosa y bélica, relega a su compañera a la primera de las categorías anteriores. Un solo dios patriarcal,

heteronormativo (que obliga y privilegia las relaciones heterosexuales y monógamas), desbancó a diversas deidades multigénero para crear un orden de figuras masculinas hegemónicas; en contraste, a las femeninas, les fueron atribuidas agencias secundarias o negativas, y en dinámica similar, fueron desvalorizadas las identidades sexuales alternativas. Serán los hijos de proyección patrilínea, de ahí en adelante, quienes hereden el poder económico y simbólico atesorado.

La sangre de la menstruación, desacralizada, deshonrada en los recesos del pensamiento masculino, pudo percibirse encarnada por aquella vertida en la guerra, en el magnicidio, en el sometimiento y en la violencia contra la mujer misma. La sangre mancillada a través de los órganos sexuales femeninos es contrapuesta a aquella derramada en las heridas de los héroes de guerra, a quienes se erigen sendos monumentos.

En efecto, se apuntala una supremacía ideológica que desmantela a la inteligencia creativa, progresista, intuitiva, ecológica y emocional. La naturaleza, su abundancia, perderá el ánimo para ser saqueada, y en consecuencia, su invitación a compartir bienes y bienestar se debilitará, empobreciéndose el razonamiento y la acción social.

Así pues, el desnudo en este contexto se ofrece como mirada que invoca a la transparencia, acto político que pretende minar el alto

muro que separa los reinos de lo privado y lo público; bastión, desde el cual, el pensamiento patriarcal oprime a sumisos ciudadanos que se desempeñan bajo las normas del contrato social. La máscara, utilizada como ritual de protección y reconstrucción, allana como el desnudo la división entre las clases sociales, los sistemas jerárquicos y los géneros. El gesto de las manos alude al triángulo rojo invertido: en el tantra, símbolo de la energía primordial femenina, hogar de iniciación, poder y sabiduría. La mandorla o vesica piscis indica el paso *avanti e indietro*, el reino liminal, la interacción e interdependencia entre dos mundos que se complementan, aquel lúcido e intangible, y el de la materia. El cuadrado rojo encarna la menstruación, su revelación, significados, desafíos y narrativas. En conjunto, la obra constituye un ritual de pagamento a través del cual el artista exalta, simbólicamente, los valores consagrados a la justicia y a la solidaridad.

La faz de hombres icónicos, memoria del país, quienes fueran inmolados en aras de sus creencias arraigadas sobre la inclusión y la equidad (máscaras dibujadas que los representan), y los cuerpos de mujeres colombianas empoderadas y orgullosas de la menstruación y de su trascendencia emblemática, se conjugan. La vitalidad de acciones compasivas y transformadoras provenientes de seres humanos bien formados, inspira el trabajo activista de artes visuales que aquí se presenta.

Jorge Eliécer Gaitán (1948)

Rodrigo Lara Bonilla (1984)

Guillermo Cano Isaza (1986)

Luis Carlos Galán (1989)

Carlos Pizarro Leongómez (1990)

Álvaro Gómez Hurtado (1995)

Jaime Garzón Forero (1999)











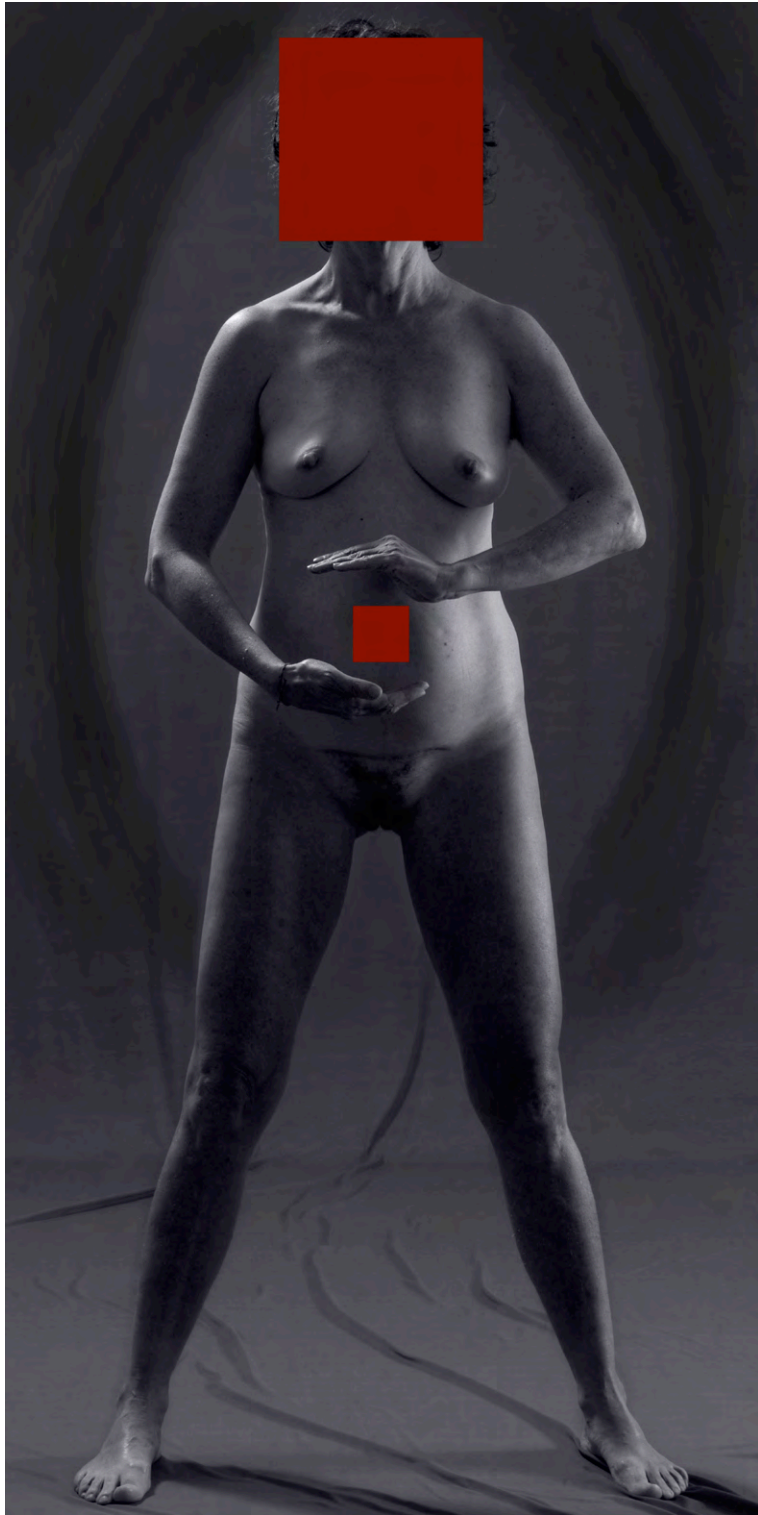
















Concepto y fotografía

Camilo Gómez Durán

Dibujos y retoque digital

Sergio Valencia Mejía

Reseña

Ginna García-Aguilar

El orden de las formas naturales irrumpe pleno de preguntas en la obra de Camilo Gómez Durán. Su trabajo anterior, *Divine nature*, presenta una asociación entre los órganos sexuales de plantas y humanos, recordando la conjura imposible que la ley del hombre pretende imponer. La moral patriarcal efectúa una labor aséptica que al enajenar los cuerpos de sus inclinaciones eróticas naturales, genera un voyeurismo, una estética en torno a la violencia, a la crueldad y al sufrimiento de los mismos. En Colombia, donde la fuerza exuberante de la vida y de la muerte confluye en contienda intestinal, el cuerpo se erige como territorio de guerra, de su propia disolución, incluida la de actores icónicos y sus ideas. **Corriente sagrada** alude a las dinámicas de género, su modelo binario, las prácticas patriarcales y la emancipación. Estas fotografías suscitan al menos tres lecturas: la del acceso restringido al poder político por parte de las mujeres y su imposibilidad para transformarlo; la del modelo patriarcal y religioso de las figuras mesiánicas como paradigma de participación política; y por último, la de cómo cuando estas figuras históricas incorporan valores femeninos a sus ideologías, se desencadenan fuerzas normalizantes que aseguran la continuidad del status quo.